
Montserrat HERRERO, *Theopolitical Figures: Scripture, Prophecy, Oath, Charisma, Hospitality*, Edinburgh: Edinburg University Press, 272 pp., 15,5 x 23,5, ISBN 9781399522915.

El análisis de las relaciones entre el ámbito espiritual y el temporal, entre lo teológico y lo político, entre lo sacro y lo profano, constituyen una de las claves para la interpretación del pasado, la comprensión del presente y la mejora de la sociedad. La ‘teología política’ se ha mostrado un método privilegiado para el desentrañamiento de las complejas transferencias, interaccio-

nes, transfusiones, y confusiones que se han experimentado entre lo espiritual y lo temporal. Existe una analogía entre el gobierno divino y el humano, que se ha ido desplegando, en diversas formas, a lo largo de la historia. Verificada históricamente, demuestra que puede existir una sana ‘tensión’ entre lo teológico y lo político. Cuando esta tensión se libera hacia uno de los dos polos, se impone el cesaropapismo, en el que lo teológico queda sometido a lo político (presente por ejemplo en la actual Rusia, China y Reino Unido) o la teocracia, donde lo político queda, supuestamente, sometido a lo teológico (como el caso de las Repúblicas Islámicas como Irán o Afganistán): uno de los ámbitos ha dominado definitivamente sobre el otro.

El concepto de la ‘teología política’ estuvo durante demasiado tiempo aprisionado en una perspectiva ideológica, que lo limitaba a la justificación de determinadas formas políticas contingentes legitimadas por lo divino. Sin embargo, autores más recientes, aupados por el ‘giro teológico’ de la filosofía (entre ellos, Montserrat Herrero), han reivindicado un uso más comprehensivo e instrumental del concepto. Esto permite indagar sobre las manifestaciones de apoyatura de lo político en lo sagrado (y viceversa), y sobre las formas político-religiosas mixtas, así como todo el potencial simbólico que surge de estas transferencias de los dos sentidos. Esto ha permitido aplicarlo a la investigación interdisciplinar –teológica, filosófica, histórica–, lo que ha propiciado su uso como metodología, de talante necesariamente interdisciplinar, más que como un concepto sistemático.

En estos dos últimos decenios, Montserrat Herrero ha sido una de las autoras que más ha contribuido a devolver a la ‘teología política’ todo su potencial académico e intelectual, tanto a través de sus obras –como la que ahora se presenta– como con su actividad académica, puesto que desde hace bastante tiempo dirige un grupo de investigación interdisciplinar basado en esta metodología (“Religión y Sociedad Civil”, ICS, Universidad de Navarra). Ella es autora, entre otras publicaciones sobre el tema, de una monografía sobre Carl Schmitt (*The Political Discourse of Carl Schmitt: A Mystic of Order*, Rowman & Littlefield, 2015), el autor sobre el que se fundamenta el concepto de ‘teología política’ tal como la literatura académica está revitalizando ahora.

Schmitt defendió en 1922, que todos los conceptos más relevantes de la moderna doctrina del Estado son conceptos teológicos secularizados o, dicho de un modo más explícito, que los conceptos y valores nucleares de la política moderna son versiones secularizadas de antiguos conceptos teológicos provenientes de la teoría política antigua y medieval. Schmitt abrió un campo muy

fecundo de investigación, que ha sido aprovechado sobre todo por filósofos políticos, historiadores y teólogos para la comprensión de un tema tan relevante –hoy como ayer– de las interacciones y transferencias que se experimentan entre lo teológico y lo político.

Partiendo de esta base, Montserrat Herrero propone en este libro un análisis de cinco *figuras* –Escritura, Profecía, Juramento, Carisma, Hospitalidad– que constituyen prácticas políticas institucionalizadas y que contienen en su seno improntas de lo sacro. La autora explora la ‘constelación de detalles, como palabras, gestos, textos y prácticas que tienen el carácter de espesor y elusivo al mismo tiempo; es decir, que ocultan a la vez que revelan’ (p. 2). A través de una investigación minuciosa de sus contenidos y sus formas, la autora desvela aspectos divinos y sociales en el uso de esas cinco figuras en los actuales contextos supuestamente secularizados, pero en realidad simplemente post-seculares.

Herrero demuestra hasta qué punto el discurso teológico ha sido y sigue siendo relevante a la hora de dar forma a los significados, símbolos y realidades de ciertas prácticas políticas instituidas. Y lo hace amparada no sólo en los autores más directamente relacionados con el ‘giro teológico’ como Emmanuel Lévinas, Jean-Luc Marion, Michel Henry and Jean Louis Chrétien, sino (y en esto radica uno de los puntos más originales del libro, según mi parecer) en una relectura de otros autores relevantes como Walter Benjamin, Jacques Derrida, Michel Foucault, Giorgio Agamben, Jean-Luc Nancy y John Caputo precisamente filtrándolos por ese ‘giro teológico’. Ella se propone la ambiciosa tarea de aplicar ese ‘giro teológico’ a la filosofía política, para tratar de ‘reinscribir’ algunos conceptos políticos contemporáneos bajo el foco teológico del que supuestamente provienen. Su investigación demuestra que muchos de los conceptos políticos contemporáneos cobran mayor luz –a la vez que se descubren todas sus nerviaciones en el presente– cuando se realiza desde una perspectiva teopolítica.

La noción clave del libro, y probablemente su aportación más relevante, es la de ‘figuras’. Surgido del ámbito de la retórica, Tertuliano, Orígenes, Agustín transfirieron este concepto al mundo teológico, de modo que “la categoría de ‘figura’ deviene el núcleo de la hermenéutica cristiana” (p. 19). De este modo, ‘Lo divino sucede en la historia en múltiples figuraciones’. Lo ‘más allá’ está siempre presente, en cualquier momento, en sus figuras. La figura ‘es una sombra visible, que, sin embargo, revela’ (p. 19). Por tanto, la figura está siempre ‘en presente’, y el rastreo de sus improntas en el presente, nos da cuenta también de su existencia en el pasado –y viceversa–. Herrero se basa en

estudios previos claves sobre la ‘figura’, como el de Eric Auerbach desde la crítica literaria o de Jacques Derrida en su concepto de ‘topology’ desde la filosofía. Pero ella propone una renovada aplicación de la ‘figura’, aplicable no sólo a textos (los clásicos de la literatura interpretados por Auerbach) o símbolos (las ‘sagradas alegorías’ de Derrida), sino también como herramienta interpretativa de la historia y de aplicación en el presente. De hecho, la autora afirma que pretende ir más allá de la interpretación derrideana, sin prescindir u oponerse a ella: más allá del poder de los símbolos, ¿cuál es la dimensión fáctica –política e institucional– de las realidades que esas ‘figuras’ preconizan?

Para responder a esa cuestión, acuña el concepto de las ‘figuras teopolíticas’, y las especifica en los cinco grandes temas que corresponden a cada uno de los capítulos del libro. Esto le permite ahondar en las realidades en algunos rasgos centrales de las sociedades contemporáneas, ‘perceptibles en el significado simbólico de estas figuras: la perdurabilidad de la ley y el carácter incondicional de la justicia [escritura]; la inviabilidad de la expectativa histórica [profecía]; la estabilidad o inestabilidad de la palabra dada [juramento]; el modo en que se legitima el poder político [carisma]; y el imperativo ético-político de acoger a los extraños [hospitalidad]’ (p. 21). Así, estas figuras teológico políticas constituyen inscripciones de lo divino en las correspondientes prácticas políticas e instituciones.

El primer capítulo está dedicado a la figura teopolítica de la ‘Escritura’. Herrero concibe la Biblia como una figura que habla de la práctica instituida de la *escritura* como elemento constitutivo de cualquier comunidad política. Lo que hace de las Sagradas Escrituras un tipo excepcional de narrativa es su carácter profético, lo que le conecta con la segunda figura analizada: la profecía. Herrero se centra en las diversas concepciones del tiempo (profético, mesiánico, histórico) y la historia que una determinada noción de profecía reclama.

La autora defiende que el perspectivismo propio de la profecía es el mejor antídoto contra el historicismo, el presentismo, y una visión reduccionista de la historia condicionada por un progresivismo líneal. El profeta no es un adivino que interpreta signos exteriores ni un teólogo que interpreta una revelación dada sino más bien una voz (un ‘autor’) que interpreta los ‘signos de los tempos’ inspirado por Dios. Los conceptos de ‘promesa’, ‘revelación’ y ‘Katechon’ también son claves en un capítulo segundo verdaderamente original. El ‘caso de estudio’ es el terremoto de Lisboa de 1755.

El capítulo tercero trata sobre el juramento y el valor de la palabra dada. Hay un pasaje particularmente brillante en este capítulo, en el que analiza las

transferencias de significado sagrado y civil que este concepto tuvo durante la Antigüedad, especialmente durante la época del Imperio Romano, en el que se producen transferencias entre el juramento y el sacramento. El juramento tiene una función de verificación, y adquiere diferentes formas rituales que implican diversos sentidos. Los interlocutores oscilan aquí hacia la postmodernidad –Foucault, Derrida– a través del concepto clave de la *Parrhesia*.

El capítulo cuarto está dedicado al carisma, una figura asociada al concepto esencial de la legitimación teológica del poder. Pablo de Tarso y Max Weber, con sus correspondientes conceptos del carisma, son aquí los interlocutores privilegiados. De nuevo, la figura del carisma adquiere diversas tonalidades según su dimensión secular o sacra, o, más propiamente, según las diversas transacciones de sentido de un ámbito a otro –su carácter teopolítico–. Herrero ofrece una documentada ‘genealogía’ del concepto de carisma, y sus principales dimensiones espirituales y políticas: poder, don, sacrificio. La segunda parte del capítulo consiste en una sugerente re-intepretación del carisma como don, dando voz aquí a algunos autores provenientes de la antropología clásica de principios del siglo XX, como Émile Durkheim y, particularmente, Marcel Mauss, junto a otros autores teológicos como Hans Urs von Balthasar y Giorgio Agamben. Herrero relaciona la figura del carisma con el martirio cristiano, que se distingue crucialmente de los kamikazes japoneses o las inmoluciones de los fundamentalismos islámicos en que mueren como testigos de una Verdad por la que no tienen que matar.

El ‘caso de estudio’ de este capítulo son las aclamaciones de los reyes medievales, en las que se verificaba un carisma que existía previamente pero que debía ser sancionado por la aclamación pública. Las aclamaciones son un ejemplo ideal para Herrero, gracias a su evidente dimensión teológica y política al mismo tiempo, especialmente perceptible en las sociedades tradiciones como las de la Europa medieval. Aquí los interlocutores privilegiados son los historiadores Ernst Kantorowicz y Peter Brown, completando la orquesta pluridisciplinar desplegada con maestría por Herrero.

El libro culmina con un original análisis de la figura de la hospitalidad. El texto no pierde aquí su sofisticación teórica, pero además el lector no puede dejar de interpelarse continuamente por el drama de la inmigración en la actualidad y, más propiamente, el problema de los refugiados. Herrero, tomando aquí a Derrida como su principal interlocutor, se plantea el problema de los ‘límites de la comunidad política’ y se presenta como una filósofa que,

lejos de parapetarse en su torre de marfil académica, entra decididamente en uno de los debates más complejos que la sociedad tiene planteada actualmente. Herrero aboga por una comprensión de la figura del ‘otro’, del ‘distante’ y del ‘extraño’, pero también cuestiona unas posturas demasiado buenistas que pueden hacer de hecho desaparecer la propia tradición con una excesiva polarización hacia el foráneo: ‘Toda comunidad presupone al menos un cierto límite, aunque sea poroso, ya que la apertura sin límites difumina las fronteras de la comunidad y hace imposible cualquier acogida’ (p. 247).

Cuando se afronta esta cuestión con realismo, se llega a la conclusión de una paradoja, una aporía, inescapable: ‘cada forma específica de hospitalidad niega, con su lógica, la posibilidad de una hospitalidad absoluta’ (p. 207). Para tratar de navegar entre esa paradoja derrideana, Herrera plantea un ‘caso de estudio’ –los Hospitalarios– como alternativa basada en la fraternidad cristiana, no exenta de determinadas contradicciones, sobre todo en las formas violentas que la propia actuación de las órdenes militares propiciaba. Pero, más allá de estas contradicciones, los Hospitalarios siguen teniendo hoy relevancia en los problemas actuales asociados a la hospitalidad. Tal como Herrero concluye, ‘Si una comunidad quiere ser humana en el sentido más elevado de la palabra, no puede cerrarse indiferente al prójimo que se le acerca. Este deber ético de acoger al otro, que empuja a la acción política a no cerrar completamente la comunidad política, se basa en una idea de solidaridad humana que tiene raíces teológicas’ (p. 247).

Finalmente, Herrero reta el mito consolidado del proceso de secularización, presentado como una verdad bien asentada en los ambientes académicos –y en la jerga popular–. Con su desmenuzamiento de los cinco conceptos propuestos, demuestra que este ‘gran relato’ se evapora cuando se acomete una investigación contextualizada –desde el punto de vista sistemático y desde el punto de vista histórico– como la que ella propone: ‘La relación entre los acontecimientos en la lógica figural es completamente diferente de la visión progresista con la que la modernidad interpreta la historia’ (p. 20). La autora propone una relectura de este proceso, acudiendo a las improntas teológicas de los cinco conceptos analizados, llegando a la conclusión de que asistimos a una ‘remitificación’ o ‘re-encantamiento’ del mundo más que a su secularización. Y lo demuestra a través de la acertada elección de algunos ‘casos de estudio’ correspondientes a cada uno de los cinco conceptos analizados.

Los ‘modernos’ han fomentado la desagradable tendencia de presentar lo ‘actual’ como un fruto de una progresiva línea ascendente (en lo político, en

lo social, en lo económico, en lo cultural, en lo religioso). Esto les ha llevado a interpretar con un cierto desdén el pasado o, por lo menos, a despreciarlo como ‘antiguo’, a descontextualizarlo y, finalmente, a caer en un presentismo que hace plano al pasado, y en realidad lo acaba demoliendo, usándolo para sus fines políticos e ideológicos. La historia nunca ha estado más presente en el debate público como hasta ahora, pero, paradójicamente, jamás ha sido tan dañada como en el presente.

La alternativa planteada por Herrero en su libro, a través de la revitalización del concepto clave de *figura*, me parece un modo sugerente para superar esas tendencias tan empobrecedoras no solo para los discursos académicos –cada vez más imbuidos de lo ‘políticamente correcto’, que no es más que un presentismo ideológico– sino también para los debates públicos. El tema clave de las relaciones entre lo político y lo religioso está en juego, como también lo está la posibilidad de entrar modos de interpretación plausible de lo teológico, que –más allá de las creencias personales de cada uno– es uno de los elementos fundamentales de la constitución de las sociedades, y por tanto de su estabilidad.

La prosa de Herrero es densa y sólidamente apoyada en una cantidad asombrosa de bibliografía secundaria de un espectro interdisciplinar muy amplio, que oscila entre la filosofía política, la teología, los estudios bíblicos, la crítica literaria y la historia. Pero al mismo tiempo no se deja ganar por una complejidad impostada, ni se parapetea entre las barricadas de esa erudición. Las ideas claves se siguen bien y no hay pasajes oscuros.

El libro se ennoblece con su elegante ‘introducción’, donde se presentan los principales conceptos que se desarrollan en el libro como la *figura* y la teología política, y un ‘epílogo’ donde se sintetizan los principales puntos tratados y las principales conclusiones. El resultado es un libro que ha entrado decididamente en los debates filosóficos contemporáneos y en algunas cuestiones sociales punzantes como el origen de la autoridad, la conveniencia de la veracidad, las dinámicas del don, la práctica del perdón, y la práctica de la hospitalidad. Herrero se inserta deliberadamente en la reciente, pero ya densa tradición del ‘theological turn’ de la filosofía y, tal como sugiere uno de sus comentaristas, su libro pasa a formar parte, con derecho propio, de la floreciente literatura sobre la teología política.

Jaume AURELL
 Universidad de Navarra
 DOI 10.15581/006.56.1.234